

## El conflicto del golfo Pérsico: algo más que petróleo

La compleja situación de Oriente Medio se ha agravado en los últimos meses con la ocupación de Kuwait por Irak y la reacción económica y militar concretada en el aislamiento físico y político y en el envío de tropas y armamento al golfo Pérsico.

La versión oficial establece que tras la invasión de Irak a un país vecino (Kuwait) la comunidad mundial, liderada por Estados Unidos, reacciona, en primer lugar para proteger el acceso a las reservas de petróleo de Arabia Saudita y de los Emiratos Arabes Unidos, amenazados por el "expansionismo irakí", y en segundo y subordinado lugar, para enviar un mensaje a las "potencias pobres" que no les está permitido cuestionar el orden geopolítico conservado por las "potencias ricas".

Desde América Latina, pareciera que la principal si no única consecuencia es el efecto económico del alza de los precios del petróleo, fenómeno especulativo favorecido por el carácter oligopólico del mercado mundial de la gasolina.

Si en 1974-1975 se culpó a los países árabes de la crisis, en 1982 al Estado, ahora se repite la farsa para alimentar a la opinión pública con el "enemigo exterior", —musulmán y militarista— como factor desencadenante de la nueva fase depresiva, en la crisis secular que soportamos desde hace veinte años.

Veamos con un poco más de atención estas cuestiones: (1) ¿La invasión de Kuwait es una muestra de expansionismo imperialista por parte de Irak? (2) ¿La presencia militar multinacional es una muestra de concertación mundial en defensa de la paz? (3) ¿América Latina solo se debe sentir

afectada por el aumento de los precios del petróleo? (4) ¿Es el aumento del precio del petróleo la causa de la depresión mundial que se nos avecina? La respuesta oficial es "sí" cuatro veces. La nuestra es "no" a cada interrogante.

Hablar de "expansionismo" en el caso Irak-Kuwait es desconocer la historia reciente del colonialismo, factor esencial de este combinado: la mayor parte de las guerras en Africa y Oriente Medio en las últimas tres décadas tienen su origen en la decisión de británicos y franceses, en el momento de decidir el reparto colonial, que trazando fronteras artificiales, dividieron los pueblos históricamente unidos, y juntaron los históricamente separados (Nigeria, Sudán, Zaire, etc.). Estas fronteras se consolidaron más o menos en los procesos de independencia de principios de los años sesenta, regalando a los nuevos países problemas nacionales de difícil solución.

La división del imperio otomano forma parte de estos problemas heredados de la época colonial, de tal forma que Kuwait es un producto de los laboratorios británicos de geoestrategia, destinado esencialmente a servir de fuente de abastecimiento de petróleo para las economías occidentales.

La invasión de Kuwait tiene, además, una importante dimensión económica coyuntural: la guerra entre Irán e Irak obligó a este último país a endeudarse por un monto de ochenta mil millones de dólares, para financiar los costes de la aventura bélica. De este monto, quince mil millones de dólares fueron préstamos concedidos por Kuwait. Para devolver la deuda, Irak precisaba que el pre-

cio del barril de petróleo fuese de unos 25 dólares. Este objetivo se confrontaba con la práctica de Kuwait y de los Emiratos: aunque la OPEP tenía como objetivo para este año pasar de los 18 a los 21 dólares por barril, esos dos países habían estado practicando, durante los seis meses anteriores a la ocupación de Kuwait, una política de irrespeto hacia los acuerdos de la OPEP, vendiendo por encima de sus cuotas para ganar una parte mayor del mercado. Al lanzar 4 mil barriles por día (el doble de sus cuotas combinadas), el precio había descendido hasta los 14 dólares por barril.

Con la ocupación, Saddam Hussein alcanza varios objetivos: frenar la caída de los precios del petróleo, eliminar un competidor que no respeta las reglas del juego, que además se alimenta de un yacimiento petrolífero compartido al otro lado de la frontera con Irak, otorgar a su pueblo una victoria simbólica, para compensar el coste material de la guerra y derrota frente a Irán, eliminar una parte de su deuda y convertirse en estandarte de la guerra santa del Islam, al lograr en la opinión pública de los países árabes la imagen de exterminador de parásitos enriquecidos por sus vínculos con los infieles (los gobernantes de Kuwait). La victoria moral que para los árabes representa esta invasión se refleja en las reacciones populares (relanzamiento de la Intifada), no tanto en la de los gobiernos árabes, ocupados en complejos y discretos cálculos de correlaciones de fuerzas militares y económicas.

En este sentido, los problemas internos de estabilidad del gobierno de Saddam Hussein aclaran más los motivos de la ocupación de Kuwait, que un supuesto carácter megalómano y expansionista del dictador.

En segundo lugar, *our anti Soviet anti communist objective was just a veil for the real objective all along which was oil —plentiful of oil at reasonable prices*. Esta frase de un funcionario del gobierno norteamericano, aclara el objetivo principal de la fuerza militar multinacional presente en el conflicto. Pero más acá de la necesidad para garantizar la continuidad del orden económico-político mundial establecido, el desarrollo de los acontecimientos nos permite algunas reflexiones interesantes desde América Latina.

A pesar de la apariencia de multinacionalidad y consenso, el operativo militar revela justo lo contrario: la operación de represalia es fundamentalmente una actividad pensada, articulada y puesta en práctica por Estados Unidos. Se confirma de este modo la tendencia de este país a compensar su declive como primera potencia económica con el mantenimiento de un orden militar mundial, diseñado y dirigido por los norteamericanos. En este sentido, la verdadera operación imperialista es la presencia militar norteamericana, siendo la ocupación de Kuwait por Irak un conflicto más en el complejo mapa geopolítico de Oriente Medio.

Por otra parte, es interesante constatar la escasa operatividad de la OTAN en el conflicto. Si durante el ataque aéreo norteamericano a Libia, la presencia europea en la OTAN solo sirvió para dotar de infraestructura de apoyo a los aviones norteamericanos (aeropuertos en Inglaterra e Italia, radares en España), en esta ocasión, en la cual, por una cuestión de imagen (Estados Unidos no quería hacer en solitario el papel de diablo frente al Islam) y financiera (Estados Unidos quiere socios que compartan el pago de los cerca 20,000 millones de dólares previstos hasta septiembre de 1991 como coste de la operación *Desert Shield* en el Golfo), la presencia militar de otros países es requerida en el escenario, a la ONU le corresponde avalar la operación ante la opinión pública.

Sin embargo, las reticencias soviéticas y francesas a actuar bajo la dirección exclusiva de Estados Unidos no logran imponer una estructura de mando multinacional. Este es un punto importante: si con el retorno al capitalismo en Europa oriental, la OTAN queda sin enemigo ideológico, el proceso de reconversión exigirá que la ideología justificativa del poder militar se reoriente hacia donde siempre ha estado el conflicto bélico: hacia el tercer mundo.

Y aquí hay varias interrogantes aún no resueltas. Si bien parece que el relativo poderío económico y la supremacía tecnológica militar de Estados Unidos le puede permitir imponer a las otras potencias capitalistas su nuevo orden militar mundial, este requiere, por un lado, una modificación en la estructura y operatividad de las alianzas militares, en especial de la OTAN, y también hay

que redefinir el papel militar de la Unión Soviética. En tanto que este país se encuentra en un proceso de transición, no se sabe muy bien hacia dónde, está imposibilitado para definir los parámetros de una política exterior coherente. En esta misma medida, la OTAN no tiene capacidad para reestructurarse, al mantenerse la incógnita soviética y no estar consensuado el problema financiero, por las resistencias que oponen Japón y Alemania, cuyo resurgir económico se basó precisamente en el bajo coste de su poder militar, ejército y tecnología... Lo que parece evidente a estas alturas es que se está rediseñando el mapa militar mundial *contra* y *sin* el tercer mundo —algo ya tradicional, pero que exigiría por parte de los gobiernos de América Latina una conciencia más clara del papel que debiera jugar la ONU, y una política hoy por hoy inexistente capaz de aprovechar la coyuntura para dotar a esta organización de una mayor capacidad operativa desde la expresión de los intereses de *todos* los países que la componen, y no solo de los presentes en el Consejo de Seguridad.

Sin una alternativa clara desde los países del tercer mundo, que transforme en real el aparente resurgimiento de la ONU como foro de regulación internacional, éste desaparecerá más temprano que tarde, porque dicho organismo está imposibilitado por su propia estructura y carta fundacional para integrarse en el esquema de dominación político y militar en discusión actualmente entre los países desarrollados.

Pero la ausencia de reacciones autónomas desde el tercer mundo ante el conflicto del Golfo, no nos permite ser muy optimistas en este sentido, de modo que probablemente el interrogante "tercer mundo" no será muy significativo en tanto que agente activo ni reactivo, en el diseño del nuevo orden mundial.

En tercer lugar, América Latina no está siendo afectada exclusivamente, ni siquiera principalmente, por el aumento de los precios del petróleo. Es claro que el establecimiento de un nuevo orden político-económico mundial, tiene un coste económico. Como los países desarrollados no van a poder imponer a sus propios ciudadanos el pago de



toda la factura, serán los países pobres, a través de los mecanismos de transferencia de la deuda, el comercio y la fuga de capitales, los que van a ser objeto del diseño del nuevo orden y sujeto de pago por su implementación.

La limitada capacidad prospectiva de los gobiernos y de los agentes sociales de nuestros países está contribuyendo a que se nos esté reubicando en el punto de mira del orden militar de los países ricos, sin que ni siquiera exista una conciencia pública de ello.

En cuarto lugar, Irak y Kuwait producen 4.4 millones de barriles de petróleo diarios, es decir un 20 por ciento del producto de la OPEP. El embargo no ha supuesto en ningún caso un desabastecimiento (caída de la oferta); además de las enormes reservas de los países desarrollados (sobre todo de Estados Unidos, donde el petróleo comprado y no procesado puede cubrir la demanda actual durante al menos los próximos cinco años), Arabia Saudita, Venezuela, los Emiratos Arabes e Irán pueden cubrir las tres cuartas partes de la cuota de Irak-Kuwait, aumentando su producción. Tirando un poco más de Alaska, del Mar del Norte, etc., se puede llegar a cubrir otros 500,000 barriles diarios. Por tanto, si no se ha producido una caída en la oferta, hay que entender que el aumento de los precios en los últimos meses es fruto de la especulación, la cual está beneficiando al oligopolio de las petroleras y a los países productores (incluido Estados Unidos que, con 1.1 millones de barriles diarios, obtendría, a un precio de 37 dólares el barril, unos ingresos extras de 173 millones de dólares diarios, más unos 21 mil millones al año en impuestos extras de las empresas petroleras, lo cual es más que suficiente para pagar los costes del despliegue militar en el golfo).

Por tanto, el coste del operativo militar y las ganancias especulativas las estamos pagando los habitantes de todos los países importadores netos de petróleo, no quienes han enviado sus guerreros a Arabia.

No obstante, culpar al incremento de los precios del petróleo del agravamiento de la crisis puede servir para engañar a la opinión pública, pero no es una explicación muy razonable. Si ana-

lizamos los efectos de los impactos anteriores por el alza de los precios, comprobamos que, en términos de modificación de los términos de intercambio para el tercer mundo, la incidencia fue la misma en 1974 (11 dólares el barril) que en 1979 (34 dólares el barril). Sin embargo, la crisis no se generalizó en América Latina hasta 1982, cuando se alteró significativamente otro parámetro: *la tasa de interés real para los países en desarrollo*, (es decir, la tasa del eurodólar deflactado por el precio de las exportaciones del tercer mundo, incluida la OPEP); si esta tasa cayó a -30 por ciento en 1974 (a causa del aumento del petróleo) y osciló en torno al 0 por ciento entre 1975-1978, no cae sino a -10 por ciento en 1979, ¡para aumentar a +20 por ciento en 1981 y 1982! Si a esto le añadimos la contracción de la demanda mundial (de los países desarrollados) vemos que no es el precio de la energía procedente del petróleo lo que explica la coyuntura de crisis en América Latina, sino las relaciones comerciales y financieras con los países desarrollados.

Si entre enero y agosto, la bolsa de valores de Tokyo experimentó una caída de un 40 por ciento, si el déficit está descontrolado en Estados Unidos, previéndose que supere el 5 por ciento del PNB en 1991, si añadimos el coste de la unificación alemana y la creciente orientación intraeuropea de los intercambios de la CEE, hemos de reconocer que el mundo desarrollado está experimentando una nueva depresión, acompañado por un mantenimiento de elevados tipos de interés en Estados Unidos y, como consecuencia de la caída del valor del xenodólar, una reducción de las importaciones en este país. Las consecuencias para América Latina son claras: un incremento en los costes de producción y de las importaciones (a causa del petróleo), pero sobre todo una reducción del primer mercado de exportación y el mantenimiento o agravamiento de la carga de la deuda.

O bien América Latina cambia su estrategia económica y política, orientándola al aprovechamiento y desarrollo de los recursos internos, o las políticas de ajuste se seguirán aplicando en perjuicio de las mayorías populares. El petróleo, en este panorama, es poco más que una anécdota.

J. A. P.